

ROBERTO ARMIJO

CATALOGADO

EL MITO MAYA-QUICHE EN HOMBRES DE MAIZ

La atracción que despiertan las novelas de Miguel Angel Asturias, está en la característica esencial de descubrir y trabajar el mito maya quiché. Sincero con las manifestaciones espirituales de su pueblo, ha sabido penetrarse de la necesidad histórica y artística de trabajar el material cultural que le depara su patria. Consciente de la importancia que en Guatemala tiene el tesoro literario, legado por las razas indígenas, desde temprana edad, cuando estudiaba en París, sintió el llamado de estudiar y conocer exhaustivamente las civilizaciones pre-hispánicas que, en Europa eran la admiración de sabios, antropólogos y arqueólogos famosos.

Tal vez, en aquella época esta intuición de conocer las viejas culturas de su patria, y adentrarse en el mundo de su pensamiento religioso, no fuera de su inquietud literaria. Habría curiosidad, inquietud alimentada por el orgullo de saberse parte de esas razas, que en la agonía de su derrota, tuvieron fuerza y bondad, para legarnos el testimonio de su auténtico genio creador.

El tesoro de obras heredadas por el indio guatemalteco, es admirable. La obra teatral más perfecta del genio precolombino, fue encontrada en Guatemala, por el Abate Brasseur de Bourbourg (1). El Rabinal Achí, es expresión elocuente del temperamento literario del pueblo Quiché. Y sobresale única, extraordinaria, la obra que unánimemente la crítica considera como la dación más acabada del pensamiento maya quiché: EL POPOL VUH. Esta obrita (2), por su singular belleza literaria, por la inusitada profundidad religiosa, y la dignidad insólita de sus páginas, ha despertado el interés de los pueblos civilizados. Y es incontable el número de testimonios escritos con que cuenta la tradición cultural guatemalteca (3).

La constante primordial de todos estos monumentos del genio maya-quiché, es que en ellos se descubre la espiritualidad y riqueza conceptual de estos pueblos.

Los memoriales, leyendas, poemas y escritos indígenas, son abigarrado cúmulo de hechos, acontecimientos, sucesos y denuncias, ofrecidas a la posteridad. La simiente fértil de esta realidad, no pudo atrofiarse ni desarraigarse por la constante persecución de las autoridades españolas. El indígena guatemalteco tuvo que aceptar por las circunstancias especiales, el credo que le enseñaban los curas, —ya valiéndose de la fuerza o del consejo—, pero nunca olvidó su tradición oral, y entremezcló hábilmente su propia religión con el ritual de la religión que le imponían. La entrañable pasión por sus dioses, la ocultaba en la aparente entrega y entusiasmo por la nueva religión. Sin embargo, al adorar al Dios cristiano, el indio buscó la forma de rendirle tributo a sus dioses. Esa actitud con el tiempo, dio lugar a ese pintoresco folklor indígena, donde afloran el ritual católico y el pagano. Cuando el indio se entregaba a la celebración de las festividades religiosas del conquistador, siempre orientaba su participación a la reminiscencia de su antiguo ritual. La iglesia misma, se percató que aprovechándose de esta manifestación colectiva del indígena guatemalteco, podría más fácilmente conducirlo al seno del cristianismo. Sin embargo, es tan honda en el indígena la reminiscencia de su antiguo santoral que, todavía en Guatemala, en muchísimas regiones, el indio tiene una típica manera de sustentar la fe católica.

Esta entrañable realidad de un pueblo que mantiene vivos y latentes sus vínculos con las edades prehispánicas, que, perduran en la obra escrita y en

(1) El Rabinal Achí, pieza ballet, que ofrece en su finura trágica, hasta el osbozo del coro griego. Ver Teatro Precolombino, Editorial Aguilar, España.

(2) La traducción del Popol Vuh, terminada antes de 1721, fue incluida por Fray Francisco Ximénez en su Crónica de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala. Se conservó inédita, en su convento dominico, en donde fue hallada por Ordóñez y Aguiar, quien la aprovechó en otra obra.

El Popol Vuh no fue conocido hasta mediados del siglo pasado, por publicaciones del Dr. C. Scherzer: en 1830 encontró el manuscrito en la Universidad de San Carlos de Guatemala, heredera de los papeles de Ximénez. El Dr. Scherzer copió el manuscrito de Ximénez y lo publicó en Viena, en 1857 a "expensas de la Imperial Academia de Ciencias". Cuatro años después, un sabio muy ligado a nuestras investigaciones históricas, el abate Carlos Brasseur, quien de México llegó a Guatemala en febrero de 1855, publicó la versión francesa al lado del original, en París, en 1861: "Guatemala las líneas de su mano" L. C. y Aragón p. 137.

(3) El patrimonio de cultura prehispánica con que cuenta Guatemala, ha sido publicado gracias al interés de grandes investigadores y amantes de la tradición guatemalteca. Sobresalen Adrián Recinos, J. Antonio de Villacorta C., Carlos Samayoa Chinchilla, Cardoza y Aragón, y el mismo Miguel Ángel Asturias. Y otros más, que por su querencia a los tesoros de la cultura prehispánica guatemalteca, gozarán del aprecio de las generaciones futuras.

la oral; son hechos palpitantes que el escritor sabedor de la necesidad de darles forma y sentido— transfigurándolos en expresión literaria— tiene que recoger y elevar a categoría estética

La amalgama de elementos literarios y sociológicos, estaban a la mano. Era una cotidiana vivencia que abría los poros, la sensibilidad del artista guatemalteco. Se requería auténtico fervor de poeta, para entretenerse a oír los ecos de ese río de rostros tristes y pensativos. El poeta descubría en la mirada del indio, el eterno sufrimiento y nostalgia por una edad perdida, fragmentada por la espada y el catecismo del conquistador. Sensibilidad e intuición bastaban para recoger airosamente esa queja sepultada por los siglos los siglos.

La representación de esa verdad perpetuada en los códices, en las estelas de Palenque, en el Popol Vuh, en los Memoriales, era historia. No importaba que ésta anduviera en la boca del cantor popular, en la palabra sabia del anciano indígena, que la comunicaba oralmente a sus nietos. Era historia viva. Únicamente bastaba la mente audaz que se inclinara a oír la voz rústica, la canción folklórica. Se necesitaba el poeta que enriquecido de cultura, comprendiera el filón de belleza, de espiritualidad, que dormía en las mudas páginas del Popol Vuh. La historia de estos pueblos andaba errante, como el achimero de HOMBRES DE MAÍZ. Sin embargo, se respiraba. Se oía en el poema. En la canción candorosa del músico indígena. Para darle vida, representación tangible, enfoque estético, era imprescindible recoger esos fragmentos de realidad, y con la unción religiosa del sembrador, hacerlos florecer. Una vez transfigurados por la palabra, esa historia vibraría, nacería revestida de magia, de trascendencia en el mito.

En Hombres de Maíz, el mito maya-quiché está lleno de sangre. Está formado de carne de maíz, material cálido y alimenticio con que los dioses del maya, conformaran al hombre. En las páginas del Popol Vuh, y en la mayoría de las leyendas del pueblo guatemalteco (4), es constante la repetición de subrayar el origen mítico del hombre.

Una vez que el poeta escuchó las voces que lo invitaban a escribir las brillantes escenas de Hombres de Maíz, el mito se había hipostasiado en el cacique Gaspar Ilón (5). Personaje de la edad de los códices, que surge encarnando el designio providencial de acaudillar a su pueblo, humillado por los maiceros, profanadores de la semilla divina.

(4) El Popol Vuh —dice Ricardo Estrada— ofrece formas reales y mágicas que sobreviven en el hombre de estas latitudes; que se dieron en distintos documentos de la época y se trasplantan a la literatura contemporánea."

Estilo y Magia del Popol Vuh en Hombres de Maíz de Miguel Angel Asturias
REPERTORIO, Abril 1968, Nº 9, Año IV, Editorial Universitaria San Salvador

Alusiones de este origen se encuentran en el Popol Vuh, en Crónicas Indígenas de Guatemala, Santiago Chimaltenango, de Wagley Charles

(5) Sir James George Frazer, en la Rama Dorada, estudia pormenorizadamente esta característica providencial del hombre sobreabundante de la tribu, en su capítulo XVI, de este singular libro. Dice Frazer: "En consecuencia, mientras los hombres consideraron a sus dioses como seres semejantes a ellos y más o menos semejables, creyeron posible para los compañeros que sobresalían en la comunidad, obtener el rango divino después de muertos y aun en vida"

La Rama Dorada, Frazer, Fondo de Cultura Económico, págs 200 201, 1956

El grano que el indígena depositaba en el seno de la tierra, latía encendido por el ritmo cósmico. En él estaba vibrando la creación entera. Era divino. El indio necesitaba de liberarlo de la afrenta.

¿En qué reside el encanto de "Hombres de Maíz"? ¿Por qué su lectura impresiona y permite conocer una visión panorámica, una ficción épica, que a manera de un mural, desenvuelve con matices impregnados de vivos colores, la espiritualidad significativa de un pueblo? Ese aliento profético, atisbo de anunciación que mueve el diáfano respirar del habla campesina de sus personajes, que compenetrados del misterio y la ingenuidad que los baña, permanecen movidos por un designio superior, encarnado en la reminiscencia ancestral, de Gaspar Ilóm. Hasta los miembros de la Patrulla del Coronel Chalo Godoy, conscientes de su expiación, viven esperando que tarde o temprano, los brujos de las luciérnagas, —respondiendo al malestar de conciencia de su propia complicidad en el crimen nefando—, los hundan en el castigo profetizado.

Hombres de Maíz, ensaya desde la pintura del cacique providencial, Gaspar Ilóm, —que siente en carne viva, la práctica perniciosa y antinatural del maicero, que es peor que "el matapalo", con su profanación al grano sagrado, que en manos del indio es el sustento nutricional, el cálido barro de sus huesos—, hasta en el más insignificativo personaje de la novela, hay un agitado baño de dulzura terrenal, de apego y ternura por convivir armónicamente unidos a la comunidad. Quien rompe esta ley implícita en el orden tutelar de la comunidad, es un advenedizo, un ser que introduce la muerte, la desgracia y la traición. Es el caso de Tomás Machojón. El indio desclasado por el amor a la ladina, Vaca Manuela Machojón ha quebrantado el espíritu de convivencia, de fraternidad; su individualismo extraño a la idiosincrasia del indio, será el vehículo que utilizará el enemigo de la raza para el envenenamiento de Gaspar Ilóm.

Tomás Machojón por esta infamia, protagonizará el papel más perverso, la identificación más miserable de la novela, el papel de Judas.

El Iñigo, el Domingo, el Cleto, el Bautista, el Chalío, fueron los maiceros que inicialmente ajustició el cacique Gaspar Ilóm. Esa intención suya de convertirse en la mano condenadora, fue impulso recóndito que le surgió de tanto sufrimiento, de tanta congoja en el sueño, de tanto desasosiego del corazón que le gritaba en el pecho de indio. Gaspar comprendió cual era su responsabilidad, cual su destino. Cada rama desgajada del bosque. Cada cerro pelón y erosionado. Cada trecho de selva sin guardabarrancas, sin pitorreales, Gaspar los sentía en la carne prieta, que acongojaba la aflicción, que esponjaba la voz secreta de los elementos que le susurraban al oído: "hasta cuando Gaspar Ilóm, hasta cuándo el maicero profanará el grano sagrado". Veía con ojos sañudos las piedras, las pozas sucias, y desesperado por el brinco de la sangre en las venas, por la ansia de la mano, el Gaspar sintió que la escopeta lo incitaba a soltar la primera bala justiciera. Después, todo sería fácil. Todo vendría por añadidura.

El cacique se alzó en guerrillas. Detrás vendrían sus hombres movidos por la mística, por la querencia terca a su tierra. Las partidas del cacique eran

invencibles. Con el sigilo del puma. Con la audacia del jaguar, el Gaspar caía sobre Pisigüilito, y la ansia de su raza, que vibraba en su mano, golpeaba duro. Mano que ardía en lumbre religiosa. Dejaba de ser el humilde cacique, era entonces la protesta ancestral. Viva imagen de la historia de su pueblo.

Por las vías oscuras de la traición, pudo el coronel al servicio de las fuerzas del progreso, terminar con Gaspar Ilóm. El veneno que royera las entrañas del justo, sirvió para que las fuerzas del mal, sorpresivamente dieran muerte a los miembros de la partida guerrillera. Después de su viaje a los infiernos, purificado por el contacto salúfero con el agua del río, Gaspar regresó a experimentar el dolor más indecible: contemplar el asesinato de sus hombres. Como había surgido. Es decir, como había tornado Pristino. Purificado por el río. Volvió al río. Volvió al cosmos. Ya antes, minutos antes de abreviar la pócima infernal, cuando extrañado observara la actitud de la Pijosa la Grande, —que había sabido por los oscuros caminos del sueño, lo que le esperaba a su marido, al padre de Martín Ilóm, su hijo—, el cacique arrebatado por el momentáneo brote de cólera, bajó su escopeta, al mirar huir a su mujer “como un pedazo de montaña, con su hijo entre sus brazos” No había podido disparar. No sabía por qué

Después vendría el trecho de condena moral, de reserva putrefacta que enfermaría el minuto, la cruel existencia de Machojón. No había paz en su pecho. Ya de por sí, se sentía vencido. Traspasado por la maldición. Su entregamiento a la Vaca Manuela, “la mujer ladina que tiene una baba de iguana que atonta a los hombres” no trascendía en la promesa que ansía todo hombre. La Vaca Manuela era estéril como una talpetatera. Esta verdad Machojón la consideraba la evidencia plena de su desgracia, de su pago por su traición. De qué le servían sus tierras. Su dinero. Más tarde, su pena sería más honda. Cuando Macho, su hijo, en el momento más alegre de su lozana juventud, desapareciera misteriosamente al encaminarse a casa de su prometida, la Candelaria Reinoso. Estaba activa la maldición de los brujos de las luciérnagas expresada en su abatimiento por la muerte de Gaspar Ilóm.

“Luz de los hijos, luz de las tribus, luz de la prole, ante vuestra faz sea dicho que los conductores del veneno de raíz blanca tengan el pixcoy a la izquierda en sus caminos; que su semilla de girasol sea tierra de muerto en las entrañas de sus mujeres y sus hijas; y que sus descendientes y los espineros se abracen. Ante vuestra faz sea dicho, ante vuestra faz apagamos en los conductores del veneno blanco y en sus hijos y en sus nietos y en todos sus descendientes, por generaciones de generaciones, la luz de las tribus, la luz de la prole, la luz de los hijos, nosotros, los cabezas amarillas, nosotros cimas del pedernal, moradores de tiendas móviles de piel de venada virgen, aporreadores de tempestades y tambores que le sacamos al maíz el ojo del colibrí fuego, ante vuestra faz sea dicho, porque dieron muerte al que había logrado echar el lazo de su palabra al incendio que andaba suelto en las montañas de Ilóm, llevarlo a su caza y amarrarlo en su casa, para que no acabara con los árboles trabajando a favor de los maiceros negociantes y medieros”

¿Cómo podría el Judas de Machojón soportar la lentísima pena de su castigo? Sin quererlo, poco a poco, él mismo continuaría el camino de su hijo

La forma como nuestro novelista pinta este estado de malestar de conciencia muestra la significación del trance que sufría Machojón.

“—Sigue y seguirá, pero ya no con nosotros. Los Machojones se acabaron. Se acabó la guerra para los Machojones. Mijo el Macho, pa que vean ustedes, fue el último de los Machojones, el mero último — y con la voz que se le hacía carne y huéso en la ternilla de la nariz, entre sollozo y moco de lágrima, añadió: —Se acabó la semilla, caparon a los machos, porque uno de los machos no se portó como macho, por eso se acabaron los Machojones.”

Después caería abatido por la maldición, el coronel Chalo Godoy. El ladino malo por excelencia Astuto, audaz, que por su instinto y sevicia, caracteriza el personaje enajenante del ambiente agreste de la obra *La inocencia de los personajes de la novela, contrastan con la aviesa rusticidad del coronel Godoy*. En el embudo vegetal del Tembladero, por la mano justiciera de los hermanos Tecún, que prendieran fuego al monte, moriría achicharrado el fiero militar de la montada

Uno a uno, serían alcanzados por la maldición, todos los que participaron en el envenenamiento de Gaspar. Caerían los Zacatón, descendientes del farmacéutico que preparara la pócima infernal. Sería un machorro afligido, Benito Ramos. Y el subteniente Musus, que aparentemente no fuera golpeado por el castigo, se insinúa su falsa paternidad.

Hombres de Maíz encierra la concreción de lo insólito y singular que sobrevive en la existencia de un pueblo. El cúmulo de lances, de experiencias que desusadamente asaltan el juicio del lector, en Hombres de Maíz, adquieren por el trazo y la excepcional calidad narrativa de Miguel Angel Asturias, vivencia y esplendor. La metafísica fantástica y primitiva del pueblo, descuella rica de atributos hermosos y sugestionadores.

¡Cómo muestra su astucia el sanguinario coronel Godoy! ¡Con qué desparpajo desenreda los trucos, y en su boca, la picardía y la maldad, se desenvuelven con un tono infantil, que lleva a la muerte a los que caen en sus manos! El caso del cuatrero que se hacía el muerto. Aventado en un cruce del camino, rodeado de velas encendidas desviaba la atención del viandante, mientras sus compañeros se entregaban fácilmente al robo. La sentencia traviesa en boca del coronel para despacharse a cualquier cristiano, insinúa el uso del humorismo que caracteriza otra de las fuertes virtudes de Miguel Angel Asturias. Y en el terrible capítulo, *El Venado de las Siete Rosas*, al hacer desfilar a esa familia de los Tecunes, el novelista los traza con mano maestra, y en sus conversaciones, en sus actitudes y reflejos, con el candor impresionante del poeta antiguo, pinta con relampagueante belleza, que recuerda páginas de la Biblia, las acciones más terribles, que surgen narradas despertando el desconcierto y la sorpresa. ¡Cómo puede en el rincón de un pueblo, existir una familia tan inocente para encarnar la crueldad estética!, ¡Son la viva personificación de la belleza salvaje! Uperto, Gaudencio, Felipe, Roso, Calistro, Andrés, hijos de Doña Yaca Tecún, personajes que únicamente la mente poética de Asturias, pudo modelar con el barro del asombro y la magia (6)

(6) Antonin Artaud, gran exéta de la belleza de la crueldad, hubiese aplaudido estas extraordinarias páginas de Asturias. Ver, *el Teatro y su Doble*, donde teoriza Artaud, sobre la crueldad estética en el teatro

El capítulo del Venado de las Siete Rosas, es el más impresionante por el ámbito de estupefacción y rareza. Leerlo es estar dentro de lo inaudito alzado al plano de la metafísica supersticiosa-popular, donde lo prodigioso sobrevive en bella, rústica inocencia. Estos seres sencillos creen en los embrujos, en las curas milagrosas, en los animales nagueles, en las piedras mágicas.

En el capítulo de la María Tecún, el novelista nos entrega con sobria humanidad la pintura del ciego Goyo Yic, que por puro amor de hombre, de ser desamparado, al sentirse abandonado de su mujer, a quien alimentara con cariño, y la viera crecer con su ruda tristeza de hombre, de ciego, desde que la encontrara entre los cadáveres de la familia Zacatón, y después la hiciera la madre de sus hijos, va a entregarse en las manos del herbolario Culebro, implorante y seco el corazón de tanto lloro para adentro de sus ojos llenos de tiniebla ¡Con qué ansiedad necesita recobrar la vista, para salir en busca de su mujer, la María Tecún, —no, que no se llama María Tecún, sino que, se llama María Zacatón— su mujer que ha acompañado sus noches eternas, y que necesita para que caliente su pobre osamenta de hombre solitario ¡Con qué ternura Miguel Angel Asturias nos ofrece pormenorizadamente el sufrimiento y paciencia de Goyo Yic por adquirir el don de mirar, con el deseo que tiene de salir cuanto antes, a indagarse a donde se fue la ingrata, la ausente María Tecún!

Las peripecias de la curación de Goyo Yic, Asturias la narra con la intención de no perder un detalle. Después nos suelta a Goyo Yic, a andar por los caminos, por los pueblos, por las ferias. Disfrazado de achimero, Goyo Yic, llega a los lugares perdidos en la geografía, buscando a la ingrata que por las noches se agranda en un hueco de angustia que le desespera el sexo y el corazón

En su decepción se entrega a la bebida, y rueda miserable y aterido por las escalas del desamparo

“Goyo Yic entró a la iglesia de Santa Cruz de las Cruces estrenando el llanto de sus ojos abiertos. No pudo arrodillarse. Se fue de bruces trastraviando, hasta caer. Los pocos devotos que habían quedado en el adoratorio cuidando las candelas, se rieron.

—¿De qué color es el llanto? —gritaba, ya tendido en el suelo, y en el mismo grito, en la misma lastimadura del llanto respondía—: ¡Es color de guaro blanco!

Un jefe de cofradía con las mangas de la chaqueta de jerga azul con seis filas de botones, y dos asistentes vestidos de manta, camisa y calzón, lo sacaron del templo antes que viniera el auxilio municipal, arrastrándolo de los brazos hasta el atrio, donde quedó como algo sucio que poco a poco se fue cubriendo de moscas.

Las voces de las mujeres que llegaban a la iglesia o cruzaban por allí cerca habla que te habla lo hacían sacudirse, quejarse, alargar un brazo, encoger una pierna. Buscaba a la María Tecún, pero en lo remoto de su conciencia ya no la buscaba”.

Entre pinceladas rápidas de humor, de franca y patética tristeza se de-

se vuelve este capítulo magistral de "Hombres de Maíz", y nos ofrece a ese otro ser humilde, trágico y sencillo, Domingo Revolorio, que en su vicio, sufre por todos los campesinos de su pueblo:

"Poco se logró esclarecer con las declaraciones de los que le vendieron la embotellada maldición del guaro. No fueron explícitos. Qué no fueron explícitos, les repitió el juez. Los compadres se quedaron sin entender. Un chaparrón de agua los ensordecía, entre las cuatro paredes del juzgado, y el hambre, porque de todo el día, solo tenían en la barriga dos chilates. Y qué iban a ser explícitos, pensó cada uno con su cabeza, sin decir palabra, cuando entendieron lo que quería decir explícito, si los que les vendieron las veinte botellas de licor ámbar, oloroso a chocolate, por ser de madrugada estaban medio dormidos, entrapados, emponchados, como mujeres recién paridas. Tampoco se pudo establecer si el licor que acarreaban los reos era fijamente legal o destilado en alguna fábrica clandestina, lo que agravaba el delito, porque no dejaron ni una gota, se lo bebieron todo, fue encontrado vacío el garrafón. Luego las contradicciones en que incurrieron al querer explicar que el aguardiente había sido vendido al contado, pero no tenían el efectivo; peso sobre peso, por más que solo les aparecieran seis pesos. Seis pesos, cuando, echadas cuentas, debían tener sobre los mil, por lo menos. Si llevaban veinte botellas en el garrafón y a cada botella se les sacan diez guacalitos de regular tamaño y venían vendiendo el guacalito en seis pesos, por lo menos debían tener mil doscientos pesos. Se les esfumó el dinero y ahora ya podían echar a retozar la esperanza de manos y dedos en sus bolsillos, nerviosamente, salvo que los billetes y las monedas se fueran formando de nuevo, allá donde estuvieron y de donde desaparecieron, por arte de magia"

El simple suceso de la huida de una mujer sencilla, afligida por la procreación desusada de un marido lujurioso, dará pauta a la leyenda, al nacimiento del mito de la mujer que, encantada, herida por el exorcismo y la hechicería, al beber el polvo de araña, sufre el hechizo de la persecución ambulatória

"Hombre de Maíz", termina con el capítulo de Correo Goyote que, desarrolla y culmina en una cristalización feliz el cuadro épico de la novela, y coloca en vivaz existencia el mundo de criaturas que participan con sus pequeñas tragedias, cuidados y vicisitudes, nutriendo la atmósfera cordial de la novela. En San Miguel Acatán, pueblo remoto e incierto en su insituable geografía, sobrevive el recuerdo del pasado legendario, y aparecen rostros conocidos. El Comandante de la plaza de Acatán, es el mayor Secundino Musus Benito Ramos arriero, que por caminos extraños ha venido a terminar en marido de la María Tecún. Personaje doloroso y triste, es la Candelaria Reinosá. Y hay personajes eternos, como el viejo que se le aparece a Nicho Aquino, el correo de Acatán, que tiene como nahual a un rápido coyote. Este viejo es la silueta sobrenatural del brujo Venado de las Siete Rosas

Esé bullente paisaje de San Miguel Acatán, con sus extranjeros cordiales y soñadores. Don Déferic, el alemán sensitivo, creyente de las leyendas. Doña Elda, bella y aristocrática. El administrador de Correos, Ramona Corzantes, la vieja centenaria con fama de bruja. Aleja Cuevas, la bella fondera. Los arrieros, Casimiro Solares, Porfirio Mansilla, la Chanita Reinosá, hija de An-

drés Reinoña, el padre Valentín Urdañez, —que ha estudiado la enfermedad de las tecunas—, Usaurá Terrón de Aquino, y todo ese desfile de personajes inquietos, dibujados con premura por el novelista, sirven de marco a Nicho Aquino, caracterización central del indio que encarna el vía crucis de su raza, y que sufriendo la pérdida de su mujer, sin rescatarse de una pena que le golpea las ilusiones, sin haber realizado ninguna causa para que le sucediera, aparece perfilando la síntesis del mito Nicho Aquino tiene de nahual al coyote. Lo han visto en su carrera por las montañas, correr a prisa en forma de coyote montés, y llegar a su destino la capital, a entregar la correspondencia de San Miguel Acatán. El, también sufre la desdicha de ser marido de una tecuna. Al encaminarse de nuevo, a la capital, —después de su recuperación por la borrachera que lo tuviera a orillas de la tumba—, se encuentra con uno de los brujos de las luciérnagas, que lo lleva a la casa pintada, paraíso y mansión del indio. Ahí, Nicho Aquino, con ojos de coyote sorprendido por la riqueza y maravillas que le esperan a sus hermanos de raza, sueña y conoce, la historia de su estirpe, los misterios de sus antepasados, y observa secretos que únicamente los privilegiados tienen la virtud de contemplar.

—El hombre de la cara de gusano le explicó que llegaría a la Casa Pintada, sala de luz solitaria. Retrocedió sorprendido, abierta de par en par la boca, suspenso el paso. Por un altísimo cañón se derramaba la luz del sol hacia el interior, con movimiento de agua; mas al caer más adentro, ya sobre su cabeza, volvía a ser agua, agua, agua, pero agua estática, agua congelada en diamantes. Pero no solo de arriba, de abajo salía también una extraña verdura de cristales. Tuvo la sensación de estar dentro de una perla. A veces, la luz del cañón sin duda al fortalecerse el sol, afuera, pasaba a través de los árboles que en bóveda tupida cubrían los encumbrados tragaluces, y el mundo que hace un momento era de diamantes oscurecía hasta la noche verde de la esmeralda, la noche de los lagartos, del sueño frío de las lianas. Primero gajitos de lima verde, luego esmeraldas puras.

El señor Nicho puso a un lado los sacos de correspondencia, se quitó el sombrero, como en la iglesia, y siguió viendo alelado. Debía vivir alguien en aquel lugar. Se estaba desperdiciando tanta belleza. Por qué no regresar hasta San Miguel Acatán y avisar para que todos se vinieran y se quedaran aquí. No era la gruta de un cuento de niños. Era efectivamente real. Tocó apresuradamente como el que teme que se le deshaga en las manos lo que cree un sueño, las agujas luminosas. Daban la sensación de estar más frías que la tierra, porque a la vista parecían cuerpos calientes, solares. Estaría el sol en lo más alto del cielo y por eso alumbraba tanto. El señor Nicho seguía tocando los cientos, los miles de piedras de vidrios preciosos allí soterrados, solo que ya ligeramente anaranjada, con el color de la luna. Sintió frío. Se subió el cuello de la chaqueta. Había que hacer algo para salir de allí, buscar el camino real y seguir ruta para entregar los sacos de correspondencia en el Correo Central. Si su mujer vivía en parajes tan repreciosos, cuándo iba a quererse ir con él a vivir al pueblo que era un encumbramiento de casas feas, con una iglesia triste. ¿Por qué no venirse a vivir en el subterráneo todos, y tener esta Casa Pintada, como iglesia? Aquí sí que luciría el altar de Dios. Y el Padre Valentín, y el piano de don Deféric, su señora blanca, hecha para estas paredes espejantes, y el gordiflón del Administrador de Correos, hediondo a

sebo de hacer candela, y los arrieros con sus caballos goteando majestad, al ponerles de arreos algunas de estas bellezas.

Un hombre con el pelo azul, más bien negro, en todo caso relumbrante, las manos tiznadas, como el viejo que le dio el camino para llegar en busca de su mujer a estos lugares recónditos, las uñas con brillo de luciérnagas, los ojos con húmedo brillo de luciérnagas, le sacó de sus pensamientos. Si le gustaba tanto, ¿por qué no se quedaba allí?

—¿Le parece? —apresuró a contestar el correo, deseoso de hablar con alguien, para oír cómo sonaba la voz humana en aquel recinto. Igual que en cualquier otra parte abovedada. Otra prueba de que no estaba soñando ni viviendo un cuento de hadas.

Le dijo que le siguiera, el misterioso aparecido, y fue tras él, al extremo opuesto de la Casa Pintada, donde se oían trinos de pájaros, zenzontles, calandrias, guardabarrancos, tan cercanos que parecían que estaban cantando allí, y cantaban fuera, lejos, dónde; se oían parlerías de gentes que hablaban como loros, y ecos de remos que conducían embarcaciones con movimientos de alas de pájaros muy grandes.

La Casa Pintada daba a la orilla de un lago subterráneo. En el agua oscura pequeñas islas de millones de algas verdes, manchas que se iban juntando y separando bajo el pulso tenue de la corriente. Allí, por mucho que el señor Nicho tocara el agua, la realidad era más sueño que el sueño. Por una graciosa abertura, medias naranjas de bóvedas cubiertas de estalactitas y estalacmitas, se reflejaban en el lago. El líquido de un profundo azul de plumas brillantes, mostraba en su interior, como en un estuche de joyas las soguillas del deslumbramiento, los fantásticos calchinitles atesorados por la más india de las indias, la tierra. Fúlgidas granazones de mazorcas de maíz incandescente.

—Lo primero —le dijo su acompañante— es que sepas quién soy yo, también debes saber dónde te encuentras.

Una pequeña embarcación pasó cargada de hombres y mujeres fantasmales, envueltos en mantas blancas.

—Soy uno de los grandes brujos de las luciérnagas, los que moran en tiendas de piel de venada virgen, descendientes de los grandes entrechocadores de pedernales; los que siembran semillas de luces en el aire negro de la noche, para que no falten estrellas guiadoras en el invierno; los que encienden fogarones con quien conversar del calor que agostara las tierras si viene pegando con toda la fuerza amarilla, de las garrapatas que enflaquecen el ganado, del chapulín que seca la humedad del cielo, de las quebradas sin agua, donde el barro se arruga y pone año con año cara de viejo bueno.

Otra embarcación pasó con frutas: guineos de oro, azúcar de oro, jocotes marañones de pulpa estropajosa color de sangre, miel de sangre, pepinos rayados para alimento de cebras, anonas de pulpa immaculada, caimitos que más parecían flores de amatistas que frutos, mangos que fingían en los canastos una geografía de tierras en erupción, nances que eran gotas de llanto de un dios dorado.

—Las sustancias. . . —se dijo el señor Nicho, al ver pasar aquellas sustancias ígneas, volcánicas en presente vegetal, por el mundo pretérito de los minerales rutilantes, fúlgidos, repartidos en realidad y en reflejo por todas partes, arriba y abajo, por todas partes

—Y sabido quién soy, te diré dónde te encuentras Has viajado hacia el Oeste, cruzaste tierras de sabiduría y maizal, pasaste bajo las tumbas de los señores de Chamá, y ahora vas hacia las desembocaduras ”

La fábula, la inmensa metáfora que es “Hombres de Maíz”, después de fragmentos enriquecidos de folklore, por el humor agreste y cordial de los campesinos, por los lances simpáticos como el encuentro de Porfirio con el fantástico ex-cura Don Sicambro, apodado Don Casualidón, el juego con el Cuto Melgar, el encuentro en la capital del arriero Porfirio, —enviado por Don Deféric, que cree en la eficacia de las leyendas—, con Mincho Lobos, que llegaba a devolver una imagen, que no querían porque tenía los ojos de venado, el casamiento de la Chonita Reinoso, la triste soltería de Candelaria, las leyendas de Miguelita la de Acatán, los lances, canciones de Flaviano, la leyenda del vendedor de máquinas de coser, que era célebre y famoso, y que dejara su nombre grabado en la corteza de un árbol centenario, la prisión donde Goyo Yic y Domingo Revolorio, pagan su condena por vender alcohol sin la patente, la nueva existencia de Nicho, en el hotel del puerto con la Doña que murió de tristeza, —y de la que hereda el Hotel King—, el encuentro de Goyo Yic, con Goyo Yic hijo, es el cuadro del último capítulo de “Hombres de Maíz”

Pero palpita en ondas oscuras de anunciación, de profecía, el canto de redención, la evocación del Curandero, último sobreviviente de los brujos de las luciérnagas, que en la mañana esplendorosa del mito, dormían en pieles de venada virgen, y que de tanto ver el cielo, habían aprendido a descifrar la luz de los astros, y que de tanto ver, la pisada de los animales, conocían los peligros que acechaban al hombre, y que sabían lo que expresaban los pájaros en sus cantos, y que sobre todo, fueron testigos cuando los antiguos dioses del maya construyeron con carne de maíz, al hombre El Curandero conocido como el venado de las siete rozas, señala a Nicho Aquino, —y hablando a grandes voces—, dice:

“—¡María la Lluvia, la Piojosa Grande, la que echó a correr como agua que se despeña, huyendo de la muerte, la noche del último festín en el campamento del Gaspar Ilóm! ¡Llevaba a su espalda al hijo del invencible Gaspar y fue paralizada allí donde está, entre el cielo, la tierra y el vacío! ¡María la Lluvia, es la Lluvia! ¡La Piojosa Grande es la Lluvia! A sus espaldas de mujer de cuerpo de aire, de sólo aire, y de pelo, mucho pelo, sólo pelo, llevaba a su hijo, hijo también de Gaspar Ilóm, el hombre de Ilóm, y erguida estará en el tiempo que está por venir, entre el cielo, la tierra y el vacío”

“El anhelo del indio por su pasado inmemorial se expresa concretamente en el mito del nahual que aparece repetidas veces en las páginas de Hombres de Maíz. El nahual es un espíritu protector del hombre, una especie de ángel guardián; toma la forma de cualquier animal con que el hombre se ha identificado al nacer. Se podría decir que es su alma animal. Todo hombre aspira

a confundirse en unión íntima y trascendente con su nahual. Es el caso de Nicho Aquino, el "correo" de la aldea, cuyo nahual es el coyote. Nicho Aquino se pierde en las montañas un día de lluvia, atribulado por oscuros presentimientos. Lo rescata uno de los Brujos de las Luciérnagas, ancianos o sabios con facultades visionarias, descendientes de los antiguos videntes de la tradición que vivían en "tiendas de piel de venado virgen" y hacían fuego con el pedernal. El "correo", que ha merecido la transustanciación, es iniciado a los ritos secretos que lo despojarán del peso de la individualidad y lo integrarán en la corriente genérica. Es una experiencia pavorosa y sublime para él. A tientas y enceguecido entra en una profunda cueva y es conducido en un descenso vertiginoso al mundo subterráneo de Xibalbá, la región de sus antepasados, donde los que llegan "sueñan con verdes que no tuvieron, viajes que no hicieron, paraísos que tuvieron y perdieron". El descenso a las entrañas de la tierra es al mismo tiempo una vuelta al instinto —al nahual— y un ingreso a la inmortalidad. Nicho Aquino se desprende poco a poco de su piel exterior, su "caparazón de hombre, muñeco de trapo". "Le dicen que "la vida más allá de los cerros que se juntan es tan real como cualquier otra vida" y que en las profundidades de la tierra encontrará "el secreto camino". Le hacen pasar por una representación ceremonial de las etapas de la creación del hombre tal como las registran las viejas tradiciones. Primero el hombre es de barro —"lodo caedizo"—, luego de junco o astilla y finalmente, en su reencarnación definitiva, de maíz fértil. Nicho Aquino ha sido un testigo sagrado de los misterios de las "grutas luminosas". Ha hecho frente a su pasado, ha asumido la historia de su raza, y "los que se confrontan con su nahual así, fuera de ellos, son invencibles en la guerra con los hombres y en el amor con las mujeres, los entieran con sus armas y sus virilidades, poseen cuantas riquezas quieren, se dan a respetar de las culebras, no enferman de viruela y si mueren diz que sus huesos son de piedralumbre" (7)

En el esquema de la novela, los personajes están animados por el misterio. Si la maligna actitud de Machojón, sirvió para envenenar al cacique, hay un designio sobrehumano que envuelve el destino de cada uno de los que participaron en esta conspiración, y sin sentirlo, poco a poco, van pagando su crimen.

Esta aura sobrenatural espacia la novela en un largo recorrido maravilloso, convirtiendo las partes de esta magnífica obra, en un espacio enigmático, donde las leyes del tiempo físico se quebrantan, y rigen las leyes de la fábula, del dominio de lo intemporal.

En esa atmósfera real-irreal, se desenvuelven los sucesos adquiriendo una corporación mitológica, cada vez más etérea y extraña. Sin embargo, el potente talento del escritor, entremezcla entre el material fabuloso, vivaces estampas que retratan la psicología del pueblo guatemalteco, y logra encarnar personajes típicos del mundo popular. El alma guatemalteca está caracterizada

(7) He transcrito directamente ese largo párrafo sobre el nagualismo del precioso ensayo de Luis Harss, Miguel Ángel Asturias o la Tierra Florida, publicado en su libro "LOS NUESTROS", Editorial Sudamericana S.A. En Crónicas Indígenas de Guatemala pág. 89, traducidas por Adrián Recinos, se encuentra el siguiente párrafo: "Venía con quetzales y plumas muy lindas, que por esto le quedó el nombre a este pueblo de Quezaltenango, porque ahí sucedió la muerte de este capitán Tecum". "Crónicas Indígenas de Guatemala", Adrián Recinos, Editorial Universitaria, Guatemala, 1957

en pincelazos claroscuros, por ejemplo en criaturas de la sencillez de Goyo Yic, que por su candor y espiritualidad, me recuerda el ciego del Manantial de los Santos, de Synge (8)

El ámbito religioso que resuena en "Hombres de Maíz", sumerge a sus personajes en una dimensión cósmica, donde las criaturas están armonizando con el universo, invivitas en una realidad trascendente, que los hermana con el paisaje, las montañas y los ríos. El mismo Miguel Angel Asturias al subrayar el espíritu de su novela, apunta: "En Hombres de Maíz" la palabra hablada tiene un significado religioso. Los personajes de la novela nunca están solos, sino siempre rodeados por las grandes voces de la naturaleza, las voces de los ríos, de las montañas".

La elocuencia con que el novelista acepta esta significación telúrica subsumida en Hombres de Maíz, atrae al lector a otras sorpresas que elevan cada una de las páginas a trozos de realidad arrancados como bloques de mármol vivientes, de la historia de su pueblo. Lo primero que salta a la vista hermosamente recreado, dueño de un carácter, es el habla del indio, matizada con sus reiteraciones, paralelismos y metáforas. La repetición oral, el dejo colorista del lenguaje popular, ajeo de vida y acento religioso, se mantiene a lo largo de los capítulos de la novela, ofreciendo una típica versión de la actitud e intuición del mundo del indio. "El indio —dice Asturias— es muy lacónico. Para él las palabras son sagradas. Tienen una dimensión completamente distinta a la que tienen en el idioma español". Aquí está la dimensión mágica, féérica que resalta en "Hombres de Maíz". Asturias ha sabido brindar la representación artística del idioma del indio, traducido en el valor ensálmico que representa. Esta virtud el indígena la ha recibido de sus antiguos textos. En el Popol Vuh, tras la corteza de la letra, se anima otra realidad, otra metafísica. Ya Frazer, en la Rama Dorada, al tocar la reverencia profunda del hombre primitivo a la palabra, había dicho:

"--INCAPAZ de diferenciar claramente entre palabras y objetos, el salvaje imagina, por lo general, que el eslabón entre un nombre y el sujeto u objeto denominado no es una mera asociación arbitraria e ideológica, sino un verdadero y sustancial vínculo que une a los dos de tal modo que la magia puede actuar sobre una persona tan fácilmente por intermedio de su nombre como por medio de su pelo, sus uñas o cualquiera otra parte material de su persona. De hecho, el hombre primitivo considera su nombre propio como una parte vital de sí mismo, y en consecuencia, lo cuida. Tenemos por ejemplo los indios norteamericanos, que "consideran su nombre no como un mero marbete, sino como una parte definida de su personalidad, de la misma manera que lo son sus ojos o sus dientes y cree que le resultará dañoso el manejo malintencionado de su nombre tan seguramente como una herida que se le inflija en cualquier parte de su organismo físico. Esta creencia se ha encontrado entre las diversas tribus desde el Atlántico al Pacífico y ha sido causa de muchas y curiosas regulaciones respecto al ocultamiento y cambios de los nombres. Algunos esquimales toman nombres nuevos cuando ya son

(8) Es la prodigiosa historia de dos ciegos que al recobrar la vista, descubren la crueldad de la vida, y ansían tornar a su estado inicial.
John Synge, Teatro Completo, Colección Teatro Contemporáneo, Editorial Losada, Argentina

viejos, esperando por este motivo conseguir un nuevo crédito de vida. Los tolamos de Célebres creen que si uno escribe el nombre de una persona, puede con ello llevarse su alma. Muchos salvajes en el día de hoy consideran sus nombres como partes vitales de sí mismos y por ello se toman grandes trabajos para ocultarlos, temerosos de que los manejen personas mal dispuestas hacia ellos, para perjudicar a sus dueños.

Así, comenzando con los salvajes que están en lo más bajo de la escala social, se nos dice que el secreto en que los aborígenes australianos tienen guardados sus nombres personales del conocimiento de los demás, "nace en gran parte de la creencia de que si algún enemigo conociera su nombre, podría de algún modo usarlo mágicamente en su detrimento" "Un negro australiano —dice otro autor— está siempre muy renuente a decir su verdadero nombre y no es dudoso que su repugnancia a decirlo se funde en el miedo de que le puedan hacer daño los hechiceros mediante su nombre" En las tribus de Australia central, todos los hombres, mujeres y niños, además de su nombre personal, que es de uso corriente, tienen otro nombre secreto o sagrado que les es conferido por los mayores poco después del nacimiento y que sólo conocen los miembros totalmente iniciados del grupo. Este nombre secreto no se menciona nunca, excepto en las ocasiones más solemnes; pronunciarle o ser oído por mujeres u hombres de otro grupo, es el delito más grave de la costumbre tribal, tan grave como el más flagrante caso de sacrilegio entre nosotros. Cuando es ineludible mencionar el nombre, se cuchichea solamente y no sin tomar las más extraordinarias precauciones posibles para que no puedan oír más que los miembros del grupo "Los indígenas piensan que un forastero que conozca sus nombres secretos tiene poder especial para dañarlos por medios mágicos" (9)

Este hecho peculiar de los pueblos primitivos, lo subrayan muchísimos antropólogos. En "Pensamiento Salvaje", Strauss, comentando esta actitud del hombre expresándose por medio de correspondencias mágicas, dice.

"—Tales correspondencias son reconocidas también por poblaciones cuya estructura es mucho más floja que la de los indios pueblo: el esquimal escultor de salmones, utiliza, para representar cada especie, la madera cuyo color se parece más al de la carne: "todas las maderas tienen algo de salmón" (10)

Este toque impresionante por su subyacencia sagrada, satura la realidad de cada uno de los personajes de Hombres de Maíz. Ellos miran el mundo; sin embargo, sus ojos, sienten el trasfondo que sirve de marco a la apariencia de las cosas.

La gracia estilística, el sustento fabuloso que agitan la prosa de Hombres de Maíz, inmediatamente asocian la mente del lector a la lectura del Popol

(9) Miguel Angel Asturias, sobre esto en la entrevista que le hiciera Guillermo Yepes, en Revista Imagen, dice: "Sí, y esto es absolutamente indígena. La palabra para los indígenas fue y es lo más importante. Si Ud. recorre sus poblaciones, se dará cuenta que cuando pregunta como se llama una mujer, le dicen: María; como se llama un hombre, le dicen: Juan. Nunca pronuncian el nombre de la mujer, porque saber el nombre de una mujer es apropiarse de ella, es desnudarla de su misterio. Generalmente, sólo el marido o una persona muy cercana sabe que se llama Anita, Julia o Zuntané o cualquier otro nombre. El indio siente, pues, un respeto enorme por la palabra, es decir, la palabra para él es todavía un vehículo sagrado"

(10) Claude Lévi-Strauss, El Pensamiento Salvaje, Fondo de Cultura Económica, Colección BREVIARIOS, página 69, México, 1954.

Vuh El escritor ha sabido ahondar el pensamiento maya quiché, el trasmundo que desplaza a los seres a una trasposición permanente, donde la dualidad y la magia son las constantes del texto.

En el Popol Vuh, todo está imbuido de mitología. Coto cerrado y cósmico, que hace de cada criatura, de cada animal u objeto, un ser agitado por las fuerzas del destino, del hechizo que se desprende del mito.

Para el profano parecerá inaudito el cambio metamorfósico de los seres popolvúlicos. La metamorfosis no es un procedimiento externo, sino que, es un hecho, una necesidad surgida de la expresión y organización misma del enigma de la vida. De ahí que en la mente del indígena, la transformación de los animales y de la realidad, por los poderes de la magia, puede tomar significación más profunda, giro insospechado que enmascara la realidad, el espíritu que vive en las cosas. El animismo satura la visión del mundo. El indígena en cada cosa del universo, descubre una irradiación divina. Esta remembranza se siente en el lenguaje enigmático de "Hombres de Maíz". Significación que impregna de irrealidad, de cosmogonía el contexto de fábula, de cuento de hadas de la novela. En esta naturaleza exuberante y sagrada, se encuentra la subyacencia mitológica de Hombres de Maíz.

"En "Hombres de Maíz", apunta Asturias, no hay concesiones. No hay argumento. Que las cosas sean claras o no, no importa. Se dan simplemente. La conciencia del gran artista nos compenetra de la necesidad de sentir la obra como un mundo donde lo hechizante y lo religioso se corresponden y se ofrecen asimilados y transfigurados. Y entremezclados a esta atmósfera irreal, palpita la vida de su pueblo. Las escenas realistas de la novela, son sugestivos retratos de la existencia campesina guatemalteca: fiestas, ambiente religioso, borracheras, velorios, días de mercado, festividades; las escenas desfilan prodigiosamente representadas por el escritor.

Estos trazos rápidos de la vida cotidiana del pueblo guatemalteco, nos recuerda el mundo gallego que don Ramón María del Valle Inclán, pinta en sus cuentos, novelas y obras de teatro. Ese transcurrir de hombres, de mendigos, curas y aparecidos, en Hombres de Maíz, por el tono y el clima, por la gracia y la dimensión de lo desusado, nos hacen traer a cuento al gran escritor español. También es digno de recalcar, el levé florecimiento de la nacionalidad guatemalteca, en lo que ésta tiene de significación trascendente y popular. Se respira lo que Cardoza y Aragón, en su hermoso libro, Guatemala en las líneas de su Mano, subraya.

"—Guatemala, cuando aspiro tu refajo de bosques, cuando hundo en tu huipil de pájaros mi cabeza de tormenta, me anega tu aliento de maíz y volcán, tu espina aguda de picaflor. Tu boca de niña, ni torturante ni torturada, a la mano como el pan de cada día: para apreciar tu milagro doméstico muchos necesitarán que deje de salir el sol. No siento tu cotidianidad, no me eres invisible y consuetudinaria, como el lechero desconocido que a la misma hora repica, todas las madrugadas, sus bidones de estaño a mi puerta. Cada día eres otra: en recuerdo, realidad y esperanza. La misma, como nunca, siempre. La misma, como siempre, nunca. Amor de tierras y raíces, de sueño empotrado en montaña. Tú, concreta en tu nombre, en tu limpio perfil unánime en

las yemas de mis veinte dedos. Real como una cicatriz. Sencillo amor, como el libro sobre la mesa, la hiedra sobre el muro. Como en tu mano, la sal y el pan.

Asiéndote por el Pacífico, o El Petén sirviéndonos de pedúnculo del girasol, si cerramos los ojos y aspiramos, el ámbito se inunda de cedro y de caoba. Estrujo el mapa y lo ordeno en flor. Lo aspiro, como una ropa: Venus nace, avanza sobre la concha, serena y distraída, navegando sobre la vía láctea del deseo que cruza el cielo del amor y de la muerte. Una llama muy alta emerge de mi cabeza, igual a la de los Apóstoles en la Pentecostés. Y no piso tierra, alzado por la llama, como los Apóstoles. Es una flor el mapa en la mano, o se echa a volar como un pájaro. Dulce país de bolsillo que podemos ponerlo en el ojal. Maravilloso guijarro pulido por el mar" (11).

Los toques de humanidad que caracterizan cada uno de los personajes de esta novela, los tipifica y los retrata con rasgos inconfundibles. Esta virtud del novelista es el rasgo peculiar de su talento. Gaspar Ilóm está vivamente trazado. Tras su personalidad vibra el eco adolorido de su raza. Gaspar Ilóm, muere físicamente, pero permanece en el marco de la obra, como héroe semi-legendario que anima cada una de las situaciones de los otros personajes.

¿En qué estribará el encanto y seducción de "Hombres de Maíz?" ¿Por qué el novelista considera que es la obra mejor lograda por su pluma? En reciente entrevista escribió:

"—Yo creo que sí, que hay que tomar literalmente.

—Siente preferencia por alguna de sus obras?

—Siempre prefiero Hombres de Maíz porque es un mundo cerrado, un mundo en el cual yo no hice concesiones al lector. Generalmente cuando se escribe una novela se está pensando ¿irán a entender esto o no lo irán a entender? ¿sé podrá saber? y se van haciendo recortes y concesiones para que el lector entienda. En Hombres de Maíz dije: no, esto pueden no entenderlo, pero yo lo voy sintiendo... Y es el mundo cerrado de una cosa indoamericana" (12).

Esta afirmación de Asturias, no es gratuita. El escritor es consciente que en esta obra expresó bellamente la existencia y la vía crucis de su raza. Con intuición segura, desentrañó la subyacencia del mito, corporizándolo en categoría artística. Basta una lectura ligera de Hombres de Maíz, para advertir la vivencia profunda que la anima. Hay resurrección y trascendencia de una realidad estética, que asimilando el pasado milenario de un gran pueblo, reviste nueva dimensión humana e histórica. Todos los atributos espirituales del maya, encarnan vivencia espiritual en Hombres de Maíz. No sólo el habla del indígena, surge nimbada por el candor. Si no que, sobretudo el pensamiento virginal mismo del indígena. Se podrá achacar a Asturias que, su lenguaje no

(11) Luis Cardoza y Aragón, Guatemala las Líneas de su Mano, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, págs. 30-31, México, 1965.

(12) "Ahora se Sientan Ustedes y Nosotros les Vamos a Contar": entrevista de Guillermo Yeyes Boscan, a Miguel Angel Asturias, publicada en Imagen, Número 14-15, Caracas Publicaciones del INCIBA, diciembre de 1967.

es el del indio. Que el indio no se expresa en esa forma portentosa con que lo hacen en "Hombres de Maíz". Pero lo que nadie puede criticarle es la palpitación subyacente que descubre, que relata hermosamente en estas páginas, que insuflan vida interior, trascendencia al hombre guatemalteco.

Asturias ha realizado su lenguaje de artista. Su instrumento expresivo no podría ser la repetición servil del habla común del indígena. El, se ha valido del material que le depara la realidad, y lo ha transformado en otra cosa más personal. De ahí que en el substratum de su lenguaje, irradia no la expresión del indio, sino que aparece el espíritu de una raza. Esta virtud de Miguel Ángel Asturias, denota la potencia de su genio, que intuitivamente ha asimilado la psicología de su pueblo, y construido el imponente andamiaje de un mundo rescatado de la destrucción progresiva e inmisericorde de la civilización.

Se le ha achacado al novelista que, en esta obra no logró una estructura coherente. Se subraya la dispersión temática. Menton, dice:

"—A pesar del intento del autor de fundir todas las tramas individuales, a esta novela le falta la gran unidad de El Señor Presidente. La culpa no está en la ejecución sino en la concepción de la obra. Asturias intenta romper con el concepto tradicional de la novela. No hay protagonistas de toda la novela. No hay conflictos que queden por resolver. No hay desarrollo de acción. Al contrario, por regla general, se presenta un acontecimiento envuelto en misterio, que se va aclarando con explicaciones intercaladas en capítulos posteriores. Si no fuera por la estructura de la novela, enlazada con mucho cuidado, Hombres de Maíz sería una magnífica antología de cuentos y folklore maya. Desgraciadamente, Asturias insistió en revestir el libro de la forma novelesca. Las seis partes del libro no están fundidas sino entrelazadas, por cierto, de una manera bastante complicada. La segunda parte se explica por lo que pasó en la primera parte y también contiene anuncios de la tercera y cuarta partes" (13).

Sinceramente creemos que en esta aparente incoherencia de la obra, se encuentra el encanto, la gracia arrebatadora de Hombres de Maíz. No podía darse en otra forma la sugestión mitológica del alma de esta raza. El escritor no ha tenido que dar concesiones. El mismo lo ha dicho. Ha tenido que ofrecerse al cauce interior de asociaciones, de entrega a lo maravilloso. En esta factura automática está la circunstancia tantas veces apuntada por la crítica de afirmar que Asturias, ha sido inspirado por el surrealismo europeo al escribir sus novelas. Lo que desconocen estos críticos es que Asturias, únicamente ha revalorizado la herencia del pensamiento maya, que en sus textos y códices, se expresó misteriosamente, imprimiéndole a sus creaciones, un clima surrealista. Basta adentrarse un poco en el Popol Vuh, para sentir que estamos en contacto con la fábula; transcribamos uno de los pasajes más insólitos, sorprendentes de "El libro del Consejo", ¡Oh Lautreamont!: (14) "—Entonces se angustió el corazón de la abuela: "¿A quién enviaría yo para hablar a mis

(13) Seymour Menton, Historia Crítica de la Novela Guatemalteca, Editorial Universitaria, Guatemala, 1960.

(14) "Entonces el piojo, saliendo súbitamente de detrás de un promontorio, me dijo, erizando sus garras: "¿Qué piensas de esto?". "Pero yo no quise replicarle".
Los Cantos de Maldoror, Canto Tercero traducción de Ramón Gómez de la Serna.

nietos? En verdad, no es así como antaño vinieron los mensajeros a coger a sus padres?”, dijo tristemente la abuela entrando sola en la casa. Al instante por debajo (de su vestido) cayó un Piojo. Ella lo asió, lo levantó, lo puso en su mano en donde el piojo se movió, anduvo. “Oh nieto mío, quieres que te envíe al juego de pelota para llamar a mis nietos?”, le dijo al piojo. “Unos mensajeros han venido como heraldos a decir a vuestra abuela: “Que se preparen y que dentro de siete días vengan”; (así) han dicho los mensajeros de Xibalbá. Así dice vuestra abuela”, le dijo al piojo. Entonces éste caminó, se apresuró. Ahora pues, sentado en el camino, (encontró a) un engendrado llamado Batracio, un sapo. “¿A dónde vas?”, le dijo el sapo al piojo. “Mi palabra está en mi vientre; voy hacia (donde están) los jóvenes”, dijo el piojo a Batracio. “Muy bien. No te apresuras, por lo que veo” fue dicho al piojo por el sapo. “Quieres que te trague? Verás cómo me apresuro. Llegaremos al instante”. “Muy bien”, dijo el piojo al sapo, e inmediatamente fue tragado por el sapo. Ahora bien, el sapo anduvo largo tiempo, caminando sin darse prisa; después encontró a una gran serpiente llamada Blanca Víbora. “¿A dónde va, oh Batracio, oh engendrador?”, dijo Blanca Víbora al sapo. “Soy un mensajero; mi Palabra está en mi vientre”, dijo el sapo a la serpiente. “Por lo que veo, no te apresuras. Iré yo más aprisa”, Dijo la serpiente al sapo. “Ven aquí aprisa”, añadió; entonces el sapo fue tragado por la Blanca Víbora. Desde entonces las serpientes toman (al sapo) como alimento; se comen ahora a los sapos. La serpiente caminaba, corría. La serpiente fue encontrada por el Gavilán, gran ave; al instante la serpiente fue tragada por el gavilán, quien, poco después llegó a lo alto del juego de pelota. Desde entonces el gavilán tomó por alimento, se comió a las serpientes en las montañas. Al llegar, el gavilán se posó en el reborde del (edificio) del juego de pelota en donde se divertían en pelotear Maestro Mago, Brujito. Al posarse el gavilán gritó: “¡Gavilán! ¡Gavilán!”; su grito dijo: “Gavilán”. “¿Qué es ese grito? ¡Pronto, nuestras cerbatanas!” dijeron (los engendrados), (y) después dispararon con las cerbatanas al gavilán, le enviaron en los ojos el hueso de la cerbatana; al instante dio una vuelta sobre sí mismo y cayó. Corrieron inmediatamente a cogerlo. (Y) después lo interrogaron: “¿Por qué vienes?”, le dijeron al gavilán. “Mi mensaje está en mi vientre, pero primero curad mis ojos (y) después os lo diré”, dijo el gavilán. “Muy bien”, dijeron ellos. Tomaron un poco de la pelota de su juego de pelota y lo aplicaron sobre la faz del gavilán. Esto fue llamado Remedio-Pelota por ellos. Al instante con eso curaron bien la faz del gavilán. “Habla ahora”, le dijeron al gavilán. Entonces él vomitó a la gran serpiente. “Habla”, le dijeron a la serpiente. “Sí”, dijo ésta, y entonces vomitó al sapo. “¿Dónde está el mensaje anunciado?”, le dijeron al sapo. “En mi vientre está mi Palabra”, dijo el sapo. Entonces trató (de vomitar), hizo esfuerzos, pero no vomitó; la tentativa solamente cubrió de baba su boca, sin vomitar. Los engendrados quisieron maltratarlo. “Eres un engañador”, dijeron pateándole el trasero; entonces los huesos de su trasero descendieron sobre sus piernas. Probó otra vez; solamente baba ensució su boca. Entonces abrieron la boca del sapo; fue abierta (su boca) por los engendrados; buscaron en su boca; ahora bien, el piojo estaba junto a los dientes del sapo; estaba en su boca. No se lo había tragado; solamente como si se lo hubiera tragado. Así fue vencido el sapo; no se conoce la clase de alimentos que le fue dada; no corre; no es sino carne para serpientes. “Habla”, fue dicho entonces al piojo, él contó su mensaje. “Oh engendrados, vuestra abuela ha dicho esto: “Ve a lla-

málos. De Xibalbá han venido a llamarlos mensajeros de Supremo Muerto, Principal Muerto. Que vengan aquí a pelotear con nosotros dentro de siete días; que vengan también sus accesorios de juego: pelota, anillos, guantes, escudos de cuero; que aquí se vivifiquen sus rostros, dicen los jefes. En verdad, ellos han venido”, dice vuestra abuela. Entonces yo he venido. Vuestra abuela ha dicho eso verdaderamente. Vuestra abuela llora, gime: Yo he venido”. “Es verdad esto?”, te caminaron, llegaron junto a su abuela, solamente para despedirse de su abuela, para partir. “Oh abuela nuestra, partimos, nos despedimos de vos. He aquí que dejaron el signo de nuestra Palabra. Cada uno plantamos aquí una caña; las plantamos en medio de la casa. Si se secan, signo será de vuestra muerte. “Han muerto”, diréis si se secan. Si echan yemas: “Viven”. Oh abuela nuestra, oh madre nuestra, no lloréis. He aquí el signo de nuestra Palabra que queda junto a vosotras”, dijeron. Partieron, luego que Maestro Mago hubo plantado una (caña), (y que) Brujito hubo plantado una (caña). Las plantaron, no en las montañas, no en una tierra verdeante, sino en una tierra seca, en medio de la casa en donde las dejaron plantadas”.

Estas páginas del libro sagrado de los maya-quiché, nos indica con riqueza de detalles, que Asturias examinó y gustó de la vida artística de este testimonio espiritual de su raza. Su responsabilidad de escritor serio, consciente de dar a conocer por el mundo entero, la hermosura y potencia de este arte, y sobre todo basarse en esta herencia, para crear un arte nacional que transformara lo vernáculo, en expresión más noble y universal.

Su intuición no fue fruto del azar. Basta recordar que en sus “Leyendas de Guatemala”, ensayó la exploración del pasado, y sintió con fervor el legado patrimonial del alma guatemalteca. Pero eran excelentes atisbos. La búsqueda más profunda y arraigada vendría muchos años después, al iniciar la creación de “Hombres de Maíz”. Lo que en “Leyendas de Guatemala” fue encuentro prístico, en esta novela sería norte y afinamiento temático.

De este buceo creador, saldría resplandeciente la prefiguración del mito.

Ya tenía el novelista un mundo sobre el que podría elevar el andamiaje de su novelística. El material se le había ofrecido, después de reiteradas incursiones por la leyenda y el pasado histórico. Eliot, ha externado la necesidad de crearse el escritor, su mundo personal. Para realizar esto, no basta el talento y la sensibilidad. Se requiere paciencia y larga peregrinación para conquistar la historia que le ha precedido. Historia que se encuentra en el testimonio tradicional. Un escritor poco a poco asimila este pasado, y al entrar en comunicación con él, siente el deseo, la vehemencia de trabajarlo, y moldear con él, la perspectiva de su propia visión de las cosas. En este hecho peculiar de Asturias, estriba el encanto de su gran arte. Asturias goza de una vitalidad, de una fortaleza asimilatoria. Su acercamiento al pasado de su país, se ha convertido en sustentación básica. Es una exploración permanente. En poesía, en teatro, en novela, se encuentra este “leiv motiv”.

Pero la coherencia de su universo creador, adquiere intención y trascendencia, desde el instante que explora exitosamente en Hombre de Maíz, la vieja civilización maya-quiché. A partir de entonces, el proceso de su formación novelística se compenetrará de la vivencia profunda de su pueblo. Como escri-

tór sufrirá la desintegración de la idiosincrasia de su patria, tan ceñida a esa cultura en disilución, pero iniciará el buceo de los mitos, que necesita transfigurar y hacer sobrevivir en las páginas de sus novelas.

Esa desintegración la sufre, lo hace sangrar. De ahí que encarne en seres surgidos de la entraña popular, el forcejeo aislado de personajes representativos de la raza, que se enfuerzan por sobrevivir, por permanecer existiendo en un momento hostil a su existencia. Gaspar Ilón, Rito Perraj, Chipó, Celestino Yumí, Popoluca, son entes tutelares, personificaciones del sentimiento de la raza, que se manifiestan como reminiscencias del alma cósmica. Existen porque designios supremos los mantienen vigilando por su pueblo, y están como sacudidos por la naturaleza y el designio providencial de la estirpe.

La crítica europea insiste en elogiar el lenguaje y la configuración criptica de "Hombres de Maíz"; con las obras posteriores de Asturias, esta simpatía ha aumentado. El europeo ante la visión mitológica de Asturias, no haya que expresar, y como considerar la obra del guatemalteco. El lenguaje del indígena acusadamente esotérico, matizado de giros coloquiales, y sacudido por la supersensación y el animismo, incita al sueño, al exorcismo y la sorpresa. No obstante la trágica irrupción de una cultura extraña en el temperamento precolombino, el indígena configura una simbiosis muy personal, donde vibran los elementos prototípicos de la idiosincrasia aborígen, y se eleva un clima de estupor, de remembranza y tristeza por una edad resguardada del olvido, por el testimonio oral y escrito que todavía late en la cultura popular de las comunidades maya-quiché. En acucioso ensayo, Ricardo Estrada, caía en el meollo de esta característica inconfundible del arte de Asturias:

"—Al sumergirnos en la lectura de Hombres de Maíz, tenemos, al igual que cuando leemos el Popol Vuh, la sensación de penetrar en la semioscuridad de un "viejo relato", donde asoma cierta "habla" clásica de los antepasados" (15.)

Es loable ver con que forma Asturias va modelando el perfil grandioso de su novelística. Y es en "Hombres de Maíz", donde su ideal de búsqueda y perpetuación del alma popular-nacional de Guatemala, se impregna de universalidad, al bucear el cauce del mito maya-quiché, extrayendo de él, los elementos trascendentales que se requerían para representarlo vívido, remansado en el complejo y múltiple juego de correspondencias que configuran la nacionalidad chapina (16).

Es interesante atestiguar que ese atributo que sorprende al estudioso de Miguel Angel Asturias, no es fruto de asimilación de corrientes literarias europeas como el surrealismo, sino que, conquista creadora de la expresión indígena, atractiva por su proyección sintética, que sobresale radiante en el Popol

(15) Ricardo Estrada, "Estilo y Magia del Popol Vuh" en Hombres de Maíz de Miguel Angel Asturias, REPERTORIO, Editorial Universitaria, San Salvador, pág. 23

(16) "El gran valor de Asturias, como novelista, se deriva en parte de su ingeniosidad estilística, pero depende mucho más de gran talento para captar el espíritu fundamental de algunas fases primordiales de la nación guatemalteca: el terror de la dictadura, la fantasía del mundo indígena y la voluntad despiadada de los explotadores norteamericanos".
Seymour Menton, Historia Crítica de la Novela Guatemalteca. Editorial Universitaria, Guatemala, 1960.

Vuh. Libro que Asturias tradujo del francés, en colaboración con el escritor, J. M. González de Mendoza (17).

No podía Asturias convertirse en un estupendo creador, si hubiese ignorado la tragedia de su pueblo. A partir de esa exploración vendría más tarde una concepción amplia de este mundo, examinándolo en su encuentro, cruce y conflicto con la cultura extraña que vendría a sacudirlo en sus raíces, dando lugar a un florecimiento armonioso, henchido de significaciones espirituales nuevas.

Esta revitalización del legado histórico prehispánico, enmarcándolo en una realidad de pura ficción, que emerge cristalina y revivida, con sus contornos y luces secretas, será la odisea fascinante del genio de Asturias.

En esta línea, "Hombres de Maíz", es la coronación y ajuste de su espíritu enamorado de su pueblo. El mural épico-mitológico-religioso que entrega al patrimonio cultural guatemalteco, en este aspecto es irrepetible.

Para lograr esto, necesitó más que nada, oír con cariño y el corazón atento, el habla metafórica del campesino, y sentir con arrobó, el expresivo dejo popular, donde la magia oculta su ámbito fabuloso.

"Hombres de Maíz", expresa al hombre en comunicación con la naturaleza, transido de fervor religioso por encontrar el mesianismo del Gaspar Ilón, que luchó porque el maíz sagrado, no lo profanara el maicero que en su sed de lucro, olvidó que el maíz, es carne del indio. Grano con que los dioses del Popol Vuh, formaron al hombre...

(17) No olvidar que Miguel Angel Asturias conoció y estudió la cultura maya con el gran investigador Dr. Georges Raynaud. Desde entonces en Asturias nació su fervor por el tesoro cultural de su patria.

